

René Guénon

*El Rey
del mundo*



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Psicología, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Estudios y Documentos

EL REY DEL MUNDO

René Guénon

1.ª edición: noviembre de 2021

Título original: *Le roi du Monde*

Traducción: *Juli Peradejordi*

Maquetación: *Isabel Also*

Diseño de cubierta: *Carol Briceño*

© 2021, Ediciones Obelisco, S. L.
(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 25
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-785-8
Depósito Legal: B-15.549-2021

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S.A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ÍNDICE

I. Nociones sobre el <i>Agartha</i> en Occidente	7
II. Realeza y Pontificado	13
III. La <i>Shekinah</i> y <i>Metatrón</i>	23
IV. Las tres funciones supremas	33
V. El simbolismo del Grial	43
VI. <i>Melki-Tsedeq</i>	51
VII. <i>Luz</i> o la morada de la inmortalidad.....	65
VIII. El Centro supremo oculto durante el <i>Kali-Yuga</i>	75
IX. El <i>Omphalos</i> y los Bétulos	81
X. Nombres y representaciones simbólicas	
de los centros espirituales	91
XI. Localización de los centros espirituales	97
XII. Algunas conclusiones	105

CAPÍTULO I

NOCIONES SOBRE EL *AGARTHA* EN OCCIDENTE

La obra póstuma de Saint-Yves d'Alveydre titulada *Mission de l'Inde*, publicada en el año 1910, contiene la descripción de un misterioso centro iniciático denominado *Agartha*; por lo demás, muchos lectores de este libro debieron suponer que no se trataba sino de un relato puramente imaginario, una suerte de ficción que no reposaba sobre nada real. En efecto, si se quiere tomar todo al pie de la letra, hay en eso inverosimilitudes que podrían, al menos para aquellos que se atienen a las apariencias exteriores, justificar semejante apreciación; y sin duda Saint-Yves había tenido buenas razones para no publicar él mismo esta obra, escrita desde hacía mucho tiempo, y que verdaderamente no estaba puesta a punto. Por otra parte, hasta entonces, en Europa no se había hecho apenas mención del *Agartha* y de su jefe, el *Brahmâtmâ*, más que por un escritor muy poco serio, Louis Jacolliot,¹ cuya autoridad no es posible invocar; por nuestra parte, pensa-

1. *Les Fils de Dieu*, pp. 236, 263-267, 272; *Le Spiritisme dans le Monde*, pp. 27-28.

mos que éste había oído hablar realmente de estas cosas en el transcurso de su estancia en la India, pero que después las ha arreglado, como todo lo demás, de acuerdo con su manera de hacer eminentemente fantasiosa. Pero, en 1924, se produjo un hecho nuevo y bastante inesperado: el libro titulado *Bêtes, Hommes et Dieux*, en el que M. Ferdinand Ossendowski refiere las peripecias de un viaje accidentado que hizo en 1920 y 1921 a través de Asia central, contiene, sobre todo en su última parte, relatos casi idénticos a los de Saint-Yves; y el alboroto que se ha hecho alrededor de este libro proporciona, creemos, una ocasión favorable para romper finalmente el silencio sobre esta cuestión del *Agartha*.

Naturalmente, espíritus escépticos o malévolos no han dejado de acusar a Ossendowski de haber plagiado pura y simplemente a Saint-Yves, y de señalar, en apoyo de esta alegación, todos los pasajes concordantes de ambas obras; hay efectivamente un buen número de ellos que presentan, incluso en los detalles, una similitud bastante sorprendente. De entrada, hay lo que podría parecer más inverosímil en Saint-Yves mismo, es decir la afirmación de la existencia de un mundo subterráneo cuyas ramificaciones se extienden por todas partes, bajo los continentes e incluso bajo los océanos, y por el cual se establecen comunicaciones invisibles entre todas las regiones de la Tierra; por lo demás, Ossendowski, que no se hace responsable de esta afirmación, declara incluso que no sabe qué pensar de ella, aunque la atribuye a diversos personajes que él mismo encontró en el transcurso de su viaje. Hay también, sobre puntos más particulares, el pasaje donde el «Rey del Mundo» es representa-

do ante la tumba de su predecesor, donde se trata del origen de los Bohemios, que habrían vivido antaño en el *Agartha*,² y muchos otros más. Saint-Yves dice que hay momentos, durante la celebración subterránea de los «Misterios cósmicos», en los que los viajeros que se encuentran en el desierto se detienen, en los que los animales mismos permanecen silenciosos;³ Ossendowski asegura que él mismo ha asistido a uno de esos momentos de recogimiento general. Hay, sobre todo, como una extraña coincidencia, la historia de una isla, hoy desaparecida, donde vivían hombres y animales extraordinarios: ahí, Saint-Yves cita el resumen del periplo de Jámbulo por Diodoro de Sicilia, mientras que Ossendowski habla del viaje de un anciano budista del Nepal y, sin embargo, sus descripciones difieren muy poco; si verdaderamente existen de esta historia dos versiones que provienen de fuentes tan alejadas la una de la otra, podría ser interesante recuperarlas y compararlas cuidadosamente.

Hemos tenido que señalar todas estas aproximaciones, pero también hemos de confesar que no nos convencen en modo alguno de la realidad del plagio; por lo demás, nuestra intención no es entrar aquí en una discusión que, en el fondo, no nos interesa más que medianamente. Con independencia de los testimonios que Ossendowski nos ha indicado

2. Debemos decir a este propósito que la existencia de pueblos «en tribulación», uno de cuyos ejemplos más sobresalientes son los Bohemios, es realmente hartamente misteriosa y que requeriría ser examinada con atención.

3. El Dr. Arturo Reghini nos ha hecho observar que esto podría tener alguna relación con el *timor panicus* de los antiguos; esta aproximación nos parece, en efecto, extremadamente verosímil.

por él mismo, sabemos, por muy diversas fuentes, que los relatos de este tipo son algo corriente en Mongolia y en toda Asia central; y agregaremos ahora que existe algo parecido en las tradiciones de casi todos los pueblos. Por otro lado, si Ossendowski hubiera copiado en parte la *Mission de l'Inde*, no vemos muy bien por qué habría omitido adrede algunos pasajes, ni por qué habría cambiado la forma de algunas palabras, escribiendo por ejemplo *Agharti* en lugar de *AGARTHA*, lo que se explica al contrario muy bien si ha recibido de fuente mongólica las informaciones que Saint-Yves había obtenido de fuente hindú (ya que sabemos que éste estuvo en relaciones con dos hindúes al menos);⁴ tampoco comprendemos por qué habría empleado, para designar al jefe de la jerarquía iniciática, el título de «Rey del Mundo», título que no figura en ninguna parte en Saint-Yves. Aunque se debieran admitir algunos plagios, por eso no sería menos cierto que Ossendowski dice a veces cosas que no tienen su equivalente en la *Mission de l'Inde*, y que son de las que ciertamente no ha podido inventar por completo, tanto más cuanto que, mucho más preocupado de política que de ideas

4. Los adversarios de Ossendowski han querido explicar el mismo hecho pretendiendo que había tenido en sus manos una traducción rusa de la *Mission de l'Inde*, traducción cuya existencia es más que problemática, puesto que los herederos mismos de Saint-Yves la ignoran por completo. Se ha reprochado también a Ossendowski escribir *Om* mientras que Saint-Yves escribe *Aum*; ahora bien, si *Aum* es en efecto la representación del monosílabo sagrado descompuesto en sus elementos constitutivos, no deja de ser *Om* el que es la transcripción correcta y el que corresponde a la pronunciación real, tal como existe tanto en la India como en el Tíbet y en Mongolia; este detalle es suficiente para permitirnos apreciar la competencia de algunos críticos.

y de doctrinas, e ignorante de todo lo referente al esoterismo, ha sido manifiestamente incapaz de aprehender él mismo su alcance exacto. Tal es, por ejemplo, la historia de una «piedra negra» enviada antaño por el «Rey del Mundo» al *Dalai-Lama*, transportada después a Urga, en Mongolia, y que desapareció hace cerca de cien años.⁵ Ahora bien, en numerosas tradiciones, las «piedras negras» desempeñan un papel importante, desde la que era el símbolo de Cibeles hasta aquella otra que está engastada en la *Kaaba* de la Meca.⁶ He aquí otro ejemplo: el *Bogdo-Khan* o «Buddha viviente», que reside en Urga, conserva, entre otras cosas preciosas, el anillo de Gengis-Khan, sobre el cual hay grabado una *swastika*, y una placa de cobre que lleva el sello del «Rey del Mundo». Al parecer Ossendowski únicamente vio el primero de esos dos objetos, pero le habría sido bastante difícil imaginar la existencia del segundo: ¿no habría debido ocurrírsele hablar aquí de una placa de oro?

Estas pocas observaciones preliminares son suficientes para lo que nos proponemos, ya que creemos permanecer absolutamente ajenos a toda polémica y a toda cuestión de

5. Ossendowski, que no sabe que se trata de un aerolito, busca explicar ciertos fenómenos, como la aparición de caracteres en su superficie, suponiendo que era una especie de pizarra.

6. Habría que hacer también una aproximación curiosa con el *lapsit exillis*, una piedra caída del cielo y sobre la cual aparecían inscripciones igualmente en ciertas circunstancias, y que es identificada al Grial en la versión de Wolfram von Eschenbach. Lo que hace a la cosa todavía más singular, es que, según esa misma versión, el Grial fue finalmente transportado al «Reino del Preste Juan», que algunos han querido asimilar precisamente a Mongolia, aunque, por lo demás, ninguna localización geográfica pueda ser aceptada aquí literalmente (véase *El esoterismo de Dante*, ed. francesa de 1957, pp. 35-36, y véase también más adelante).

personas; si citamos a Ossendowski e incluso a Saint-Yves, es únicamente porque lo que han dicho puede servir de punto de partida a consideraciones que no tienen nada que ver con lo que se podría pensar del uno y del otro, y cuyo alcance rebasa singularmente sus individualidades, tanto como la nuestra, que, en este dominio, no debe contar demasiado. No queremos entregarnos, a propósito de sus respectivas obras, a una «crítica textual» más o menos vana, sino aportar indicaciones que todavía no han sido dadas en ninguna parte, según nuestro conocimiento al menos, y que son susceptibles de ayudar en una cierta medida a elucidar lo que Ossendowski llama el «misterio de los misterios».⁷

7. Nos ha extrañado mucho enterarnos recientemente de que algunos pretendían hacer pasar el presente libro por un «testimonio» en favor de un personaje cuya existencia misma nos era totalmente desconocida en la época en que lo hemos escrito; oponemos el más formal desmentido a toda aserción de ese tipo, de cualquier lado que pueda venir, ya que para nosotros se trata exclusivamente de una exposición de datos pertenecientes al simbolismo tradicional, que no tienen absolutamente nada que ver con «personificaciones» cualesquiera.

CAPÍTULO II

REALEZA Y PONTIFICADO

El título de «Rey del Mundo», tomado en su acepción más elevada, la más completa y al mismo tiempo la más rigurosa, se aplica propiamente a *Manu*, el legislador primordial y universal, cuyo nombre se reencuentra, bajo formas diversas, en un gran número de pueblos antiguos; a este respecto, recordaremos sólo el *Mina* o *Menes* de los egipcios, el *Menuw* de los celtas y el *Minos* de los griegos.⁸ Por lo demás, este nombre no designa de ningún modo a un personaje histórico o más o menos legendario; lo que designa, en realidad, es un principio, la Inteligencia cósmica que refleja la Luz espiritual pura y formula la Ley (*Dharma*) apropiada a las condiciones de nuestro mundo o de nuestro ciclo de la existencia; y es, al mismo tiempo, el arquetipo del hombre con-

8. Entre los griegos, *Minos* era al mismo tiempo el legislador de los vivos y el juez de los muertos; en la tradición hindú, estas dos funciones pertenecen respectivamente a *Manu* y a *Yama*, que se representan como hermanos gemelos, lo que indica que se trata del desdoblamiento de un principio único, considerado bajo dos aspectos diferentes.

siderado especialmente en tanto que ser pensante (en sánscrito *mánava*).

Por otra parte, lo que importa esencialmente destacar aquí es que este principio puede ser manifestado por un centro espiritual establecido en el mundo terrestre, por una organización encargada de conservar integralmente el depósito de la tradición sagrada, de origen «no humano» (*apauru-shêya*), según la cual la Sabiduría primordial se comunica a través de las edades a aquellos que son capaces de recibirla. El jefe de una determinada organización, que representa en cierto modo a Manu mismo, podrá llevar legítimamente su título y sus atributos; e incluso, por el grado de conocimiento que debe haber alcanzado para poder ejercer su función, se identifica realmente al principio del que es como la expresión humana, y ante el cual su individualidad desaparece. Tal es efectivamente el caso del *AGARTHA*, si ese centro ha recogido, como lo indica Saint-Yves, la herencia de la antigua «dinastía solar» (*Sûrya-vansha*) que residía antaño en Ayodhyâ,⁹ y que hacía remontar su origen a *Vaivaswata*, el Manu del ciclo actual.

No obstante, Saint-Yves, como ya hemos dicho, no considera al jefe supremo del *AGARTHA* como «Rey del Mundo»; le presenta como «Soberano Pontífice», y, por otra parte, lo pone a la cabeza de una «Iglesia brâhmánica», designación que procede de una concepción demasiado occidentaliza-

9. Esta sede de la «dinastía solar», si se la considera simbólicamente, puede ser asociada a la «Ciudadela solar» de los Rosa-Cruz, y sin duda también a la «Ciudad del Sol» de Campanella.

da.¹⁰ Aparte de esta última reserva, lo que dice a este respecto completa lo que dice por su lado Ossendowski. Parece que cada uno de ellos no haya visto más que el aspecto que respondía más directamente a sus tendencias y a sus preocupaciones dominantes, ya que, en verdad, aquí se trata de un doble poder, a la vez sacerdotal y real. El carácter «pontifical», en el sentido más verdadero de esta palabra, pertenece realmente, y por excelencia, al jefe de la jerarquía iniciática, y esto requiere una explicación: literalmente, el *Pontifex* es un «constructor de puentes», y este título romano es en cierto modo, por su origen, un título «masónico»; pero, simbólicamente, es el que desempeña la función de mediador, estableciendo la comunicación entre este mundo y los mundos superiores.¹¹ A este título, el arcoíris, el «puente celeste», es un símbolo natural del «pontificado»; y todas las tradiciones le dan significaciones perfectamente concordantes: así, entre los hebreos, es la prenda de la alianza de Dios con su pueblo; en China, es el signo de la unión del

10. De hecho, esa denominación de «Iglesia bráhmánica» no ha sido empleada nunca en la India, más que por la secta heterodoxa y completamente moderna del *Brahma-Samâj*, nacida a comienzos del siglo XIX bajo influencias europeas y especialmente protestantes, dividida pronto en múltiples ramas rivales, y hoy día casi completamente extinguida. Es curioso notar que uno de los fundadores de esa secta fue el abuelo del poeta Rabindranath Tagore.

11. San Bernardo dice que «el Pontífice, como lo indica la etimología de su nombre, es una especie de puente entre Dios y el hombre» (*Tractatus de Moribus et Officio episcoporum*, III, 9). Hay en la India un término que es propio de los jainas, y que es el estricto equivalente del *Pontifex* latino: es la palabra *Tirthankara*, literalmente, «el que hace un vado o un paso»; el paso de que se trata es el camino de la Liberación (*Moksha*). Los *Tirthankaras* son veinticuatro, como los ancianos del Apocalipsis, que, por otra parte, constituyen también un Colegio pontifical.

Cielo y de la Tierra; en Grecia, representaba a Iris, la «mensajera de los dioses»; un poco por todas partes, entre los escandinavos tanto como en los persas y los árabes, en África central y hasta en algunos pueblos de América del Norte, es el puente que liga el mundo sensible al suprasensible.

Por otra parte, la unión de los dos poderes sacerdotal y real estaba representada, entre los latinos, por un cierto aspecto del simbolismo de Jano, simbolismo sumamente complejo y de significaciones múltiples; bajo la misma relación, las llaves de oro y plata figuraban las dos iniciaciones correspondientes.¹² Para emplear la terminología hindú, se trata de la vía de los *Bráhmanes* y la de los *Kshatriyas*; pero en la cima de la jerarquía se está en el principio común de donde los unos y los otros extraen sus respectivas atribuciones, y por consiguiente más allá de su distinción, puesto que ahí se encuentra la fuente de toda autoridad legítima, en cualquier dominio en que se ejerza; y los iniciados del *Agartha* son *ativarna*, es decir, «más allá de las castas».¹³

Había en la Edad Media una expresión en la que los dos aspectos complementarios de la autoridad se encontraban reunidos de una manera digna de destacar: en aquella época, se hablaba a menudo de una región misteriosa a la que se

12. Desde otro punto de vista, estas llaves son respectivamente la de los «Misterios mayores» y la de los «Misterios menores». En algunas representaciones de Jano, los dos poderes son simbolizados también por una llave y un cetro.

13. Destaquemos al respecto que la organización social de la Edad Media occidental parece haber estado calcada, en principio, sobre la institución de las castas: el clero correspondía a los *Bráhmanes*, la nobleza a los *Kshatriyas*, el tercer estado a los *Vaishyas*, y los siervos a los *Shúdras*.

llamaba el «Reino del Preste Juan».¹⁴ Era el tiempo en el que lo que se podría designar como la «cobertura exterior» del centro en cuestión se encontraba formada, en una buena parte, por los nestorianos (o lo que se ha convenido llamar así con razón o sin ella) y los sabeos;¹⁵ y, precisamente, estos últimos se daban a sí mismos el nombre de *Mendayyeh de Yahia*, es decir, «discípulos de Juan». A este respecto, podemos hacer otra precisión: es al menos curioso que numerosos grupos orientales de un carácter muy cerrado, desde los ismaelitas o discípulos del «Anciano de la Montaña» hasta los drusos del Líbano, hayan tomado uniformemente, lo mismo que las órdenes de caballería occidentales, el título de «guardianes de la Tierra Santa». Ciertamente, lo que sigue facilitará la comprensión de lo que eso puede significar; pa-

14. Se trata notablemente de la cuestión del «Preste Juan», hacia la época de san Luis, en los viajes de Carpin y de Rubruquis. Lo que complica las cosas, es que, según algunos, habría habido hasta cuatro personajes que ostentaron este título: en el Tíbet (o sobre el Pamir), en Mongolia, en la India y en Etiopía (esta última palabra tiene por otra parte un sentido muy vago); pero es probable que no se trate más que de diferentes representantes de un mismo poder. Se dice también que Gengis-Khan quiso atacar al reino del Preste Juan, pero que éste le repelió desencadenando el rayo contra sus ejércitos. En fin, después de la época de las invasiones musulmanas, el Preste Juan habría dejado de manifestarse, y estaría representado exteriormente por el *Dalai-Lama*.

15. Se han encontrado en Asia central, y particularmente en la región del Turkestán, cruces nestorianas que son exactamente semejantes en cuanto a la forma a las cruces de caballería, y de las que, algunas, además, llevan en su centro la figura de la *swastika*. Por otra parte, hay que indicar que los nestorianos, cuyas relaciones con el lamaísmo parecen incontestables, tuvieron una acción importante, aunque bastante enigmática, en los comienzos del islam. Los sabeos, por su lado, ejercieron una gran influencia sobre el mundo árabe en tiempos de los califas de Bagdad; se pretende que también entre ellos se habrían refugiado, después de una estancia en Persia, los últimos neoplatónicos.

rece que Saint-Yves ha encontrado una palabra exacta, quizás más todavía de lo que él mismo pensaba, cuando habla de los «templarios del *Agartha*». Para que nadie se sorprenda de la expresión de «cobertura exterior» que acabamos de emplear, agregaremos que hay que tener bien en cuenta el hecho de que la iniciación caballeresca era esencialmente una iniciación de *Kshatriyas*; esto es lo que explica, entre otras cosas, el papel preponderante que desempeña en ella el simbolismo del amor.¹⁶

Sea como fuere, en estas últimas consideraciones la idea de un personaje que es sacerdote y rey al mismo tiempo no es muy corriente en Occidente, aunque se encuentre en el origen mismo del cristianismo, representada de una manera destacable por los «Reyes Magos»; incluso en la Edad Media, el poder supremo (al menos según las apariencias exteriores) estaba dividido entre el papado y el imperio.¹⁷ Tal separación puede ser considerada como la marca de una organización incompleta por arriba, si uno puede expresarse así, puesto que no se ve aparecer en ella el principio común del cual proceden y dependen regularmente los dos poderes; así pues, el verdadero poder supremo debía encontrarse en otra parte. En Oriente, la subsistencia de una tal separación en la cima misma de

16. Ya hemos señalado esta particularidad en nuestro estudio sobre *El esoterismo de Dante* (Ediciones Obelisco, 2021).

17. En la antigua Roma, por el contrario, el *imperator* era al mismo tiempo *Pontifex Maximus*. La teoría musulmana del califato une también los dos poderes, al menos en una cierta medida, así como la concepción extremo oriental del *Wang* (véase *La Gran Tríada*, cap. XVII, Ediciones Obelisco, 1986).

la jerarquía es, por el contrario, bastante excepcional, y no es si no en algunas concepciones búdicas donde se encuentra algo semejante. Nos referimos a la incompatibilidad afirmada entre la función de *Buddha* y la de *Chakravartî* o «monarca universal»,¹⁸ cuando se dice que Shâkya-Muni, en un cierto momento, tuvo que escoger entre la una y la otra.

Conviene, además, agregar que el término *Chakravartî*, que no tiene nada de especialmente búdico, se aplica muy bien, según los datos de la tradición hindú, a la función del *Manu* o de sus representantes: literalmente, es «el que hace girar la rueda», es decir, el que, colocado en el centro de todas las cosas, dirige su movimiento sin participar él mismo en él, o que, según la expresión de Aristóteles, es su «motor inmóvil».¹⁹

Llamamos muy particularmente la atención sobre esto: el centro de que se trata es el punto fijo que todas las tradiciones están de acuerdo en designar simbólicamente como el «Polo», ya que es alrededor de él donde se efectúa la rotación del mundo, representado generalmente por la rueda, tanto entre los celtas como entre los caldeos y los hindúes.²⁰

18. Hemos anotado en otro lugar la analogía existente entre la concepción del *Chakravartî* y la idea del imperio en Dante, de quien conviene mencionar aquí, a este respecto, el tratado *De Monarchia*.

19. En un sentido completamente comparable, la tradición china emplea la expresión de «invariable medio». Hay que destacar que, según el simbolismo masónico, los maestros se reúnen en la «Habitación del Medio».

20. El símbolo céltico de la rueda se ha conservado en la Edad Media; pueden encontrarse numerosos ejemplos de él en las iglesias románicas, y el rosetón gótico parece ser un derivado suyo, ya que hay una relación cierta entre la rueda y las flores emblemáticas tales como la rosa en Occidente y el loto en Oriente.

Tal es el verdadero significado de la *swastika*, este signo que se encuentra difundido por todas partes, desde el Extremo Oriente hasta el Extremo Occidente,²¹ y que es esencialmente el «signo del Polo»; sin duda es aquí la primera vez, en la Europa moderna, que se hace conocer su sentido real. En efecto, los sabios contemporáneos han buscado vanamente explicar este símbolo mediante las teorías más fantásticas; la mayoría de entre ellos, obsesionados por una suerte de idea fija, han querido ver en él, como casi por todas partes, un signo exclusivamente «solar»,²² mientras que, si lo ha llegado a ser algunas veces, no ha podido ser más que accidentalmente y de una manera desviada. Otros han estado más cerca de la verdad al considerar a la *swastika* como el símbolo del movimiento; pero esta interpretación, sin ser falsa, es harto insuficiente, pues no se trata de un movimiento cualquiera, sino de un movimiento de rotación que se cumple alrededor de un centro o de un eje inmóvil; y es

21. Este mismo signo no ha sido extraño al hermetismo cristiano: hemos visto, en el antiguo monasterio de los carmelitas de Loudun, símbolos muy curiosos, que datan verosímilmente de la segunda mitad del siglo xv, y entre los cuales la *swastika* ocupa, con el signo  del que hablaremos más adelante, uno de los lugares más importantes. Conviene señalar, en esta ocasión, que los carmelitas, que vinieron de Oriente, vinculan la fundación de su orden a Elías y a Pitágoras (como la masonería, por su lado, se vincula a la vez a Salomón y al mismo Pitágoras, lo cual constituye una similitud bastante destacable), y también que, por otra parte, algunos pretenden que en la Edad Media tenían una iniciación muy cercana de la de los templarios, así como los religiosos de la Merced; se sabe que esta última orden ha dado su nombre a un grado de la masonería escocesa, del cual hemos hablado bastante extensamente en *El esoterismo de Dante*.

22. La misma observación se aplica concretamente a la rueda, cuyo verdadero significado acabamos de indicar igualmente.

el punto fijo el que es, lo repetimos, el elemento esencial al que se refiere directamente el símbolo en cuestión.²³

Por lo que acabamos de afirmar, ya se puede comprender que el «Rey del Mundo» debe tener una función esencialmente ordenadora y reguladora (y se observará que no carece de fundamento que esta última palabra tenga la misma raíz que *rex* y *regere*), función que puede resumirse en una palabra como la de «equilibrio» o de «armonía», lo que expresa precisamente en sánscrito el término *Dharma*:²⁴ lo que entendemos por eso es el reflejo, en el mundo manifestado, de la inmutabilidad del Principio supremo. Se puede comprender también, conforme a las mismas consideraciones, por qué el «Rey del Mundo» tiene como atributos fundamentales la «Justicia» y la «Paz», que no son más que las formas revestidas más especialmente por ese equilibrio y esa armonía en el «mundo del hombre» (*mânava-loka*).²⁵

23. No citaremos más que de memoria la opinión, todavía más fantasiosa que todas las demás, que hace de la *swastika* el esquema de un instrumento primitivo destinado a la producción del fuego. Ahora bien, si este símbolo tiene a veces una cierta relación con el fuego, puesto que es concretamente un emblema de Agni, es por razones completamente diferentes.

24. La raíz *dhri* expresa esencialmente la idea de estabilidad; la forma *dhru*, que tiene el mismo sentido, es la raíz de *Dhruva*, nombre sánscrito del Polo, y algunos le aproximan el nombre griego del roble, *drus*; en latín, por otra parte, la misma palabra *robur* significa a la vez roble y fuerza o firmeza. En los druidas (cuyo nombre debe leerse quizás *dru-vid*, uniendo de este modo la fuerza y la sabiduría), así como en Dodona, el roble representaba el «Árbol del Mundo», símbolo del eje fijo que une los polos.

25. Es necesario recordar aquí los textos bíblicos en los que la Justicia y la Paz se encuentran estrechamente vinculadas: «Justitia et Pax osculatae sunt» (Salmo LXXXIV, 11), «Pax opus Iustitiae», etc.

Hay aquí también un punto de la mayor importancia; y, más allá de su alcance general, se lo señalamos a aquellos que se dejan llevar por ciertos temores quiméricos, de los que el libro mismo de Ossendowski contiene como un eco en sus líneas finales.